

Pedro Calderón de la Barca (atribuido), *El consumo del vellón*, ed. Carlos Castellano Gasch, Valencia, Universidad de Valencia, 2017, 149 pp.

Esta edición del auto sacramental *El consumo del vellón* constituye un útil aporte al panorama del género. La pieza que Carlos Castellano edita pulcramente reviste varios aspectos de interés: uno la demostración de que en efecto, el elemento que Calderón llamaba historial es parte básica del enfoque de los autos, que en ningún modo se sitúan —como insistía Parker y otros estudiosos— en un territorio más allá del mundo material y humano para colocarse en una eternidad aespacial, sino que a menudo, como en este caso, se integran en un marco de preocupaciones sociales, políticas y monetarias en *El consumo del vellón*, muy ceñidas a preocupaciones cotidianas de quienes podían ser espectadores de obras semejantes. Otro asunto relevante es la autoría, no tanto porque sea crucial averiguar quién es el autor, sino por el debate en torno a la atribución calderoniana.

El editor resume en el comienzo de su estudio preliminar el estado de la cuestión relativo a la autoría: casi todas las opiniones críticas y los datos conocidos (como las listas de títulos elaboradas por el propio Calderón) apuntan a una calidad apócrifa, que es la postura que adopta Castellano, con fundamento. Una razón que apoyaría esa postura es precisamente la estructura del auto. Aunque Castellano se muestra excesivamente generoso al señalar que la imbricación de lo historial y lo alegórico está perfectamente lograda (p. 15), a menudo insiste en otros lugares de su estudio, en la simplicidad y elementalidad de la construcción dramática, que poco corresponde a la maestría calderoniana. Ciertamente, la parte alegórica se mantiene sobre todo en el plano textual y podría desarrollarse en forma de poema alegórico, ya que el desarrollo propiamente teatral y dramático es muy escaso. Por otra parte se advierte cierta incoherencia —poco verosímil en Calderón— en la elección de los términos alegóricos: pues el vil vellón es mala moneda, pero el vellón es símbolo del cordero de Dios Cristo: hacia el final del auto hay

que intentar excusar esta incoherencia con una explicación algo confusa: la nueva moneda

es blanca y es maná
sin dejar de ser vellón. (vv. 1318-1319)

Es muy instructivo el comentario sobre la economía de la época, sobre todo en lo que respecta a las medidas monetarias, la acuñación de distintos tipos de moneda, los excesos de fabricación de moneda de vellón, la expulsión de la plata del manejo corriente, la inflación, los fracasos de las reformas iniciadas, el caos monetario, en fin, que se refleja en el argumento del auto. Como apunta Castellano:

A tenor de tales hechos históricos ¿es casual que en el auto *El consumo del vellón*, el Rey Mundo reconozca el fracaso de sus medidas financieras, se inhíba y delegue en las Cortes la toma de la decisión que salvará al erario público? ¿Lo es que estas decidan consumir el vil vellón y que la nueva moneda sea de cobre con liga de plata... (p. 25)

En conjunto el estudio preliminar permite un adecuado marco de las circunstancias que explican la escritura del auto y su posible representación en salones particulares.

El estudio textual es también muy razonable y justifica la elección de un texto ecléctico. Es posible que pudiera prescindirse de las contaminaciones sugeridas entre varios testimonios: los ejemplos aportados como base para suponer contaminación no me parecen muy significativos (trais / traes, v. 191; tray / trae, v. 352; ilustre costa / casta, v. 766; hierro / yerro, v. 1139...), pero ese detalle no afecta al establecimiento del texto.

La edición, como se ha dicho, es pulcra, cuidada, con un aparato de notas clarificador sin ser pedante ni excesivo. El volumen resulta proporcionado, de agradable lectura y presentado sin duda por un editor competente.

Algunas pequeñas observaciones sobre el texto y notas pudieran apuntarse, más como muestra del interés que despierta la lectura de este auto. Valgan algunos ejemplos que no empañan la excelencia de la edición.

Vv. 41-42 conviene señalar con coma la calidad de cláusula absoluta:

Ven, y Débora profeta
rige mi reino oportuno.

que debe ser

Ven y, Débora profeta,
rige mi reino oportuno.

El Mundo se dirige a la Religión, a la que pide que se comporte como la profetisa Débora.

El nombre *Justo Pastor* atribuido al gracioso es más que probable que no sea nombre propio, sino la suma del nombre y la denominación del oficio: *Justo, pastor* (comp. v. 95).

V. 171 hay que marcar con coma el vocativo: «¿dónde le guarda pariente?», debe ser «¿dónde le guarda, pariente?», con una interpelación familiar del gracioso al Rey Mundo «pariente».

Vv. 206-207 «del mundo las maravillas, / mas son maravillas flores», no quiere decir, como se comenta en la nota explicativa, que «lo maravilloso de la obra de Dios ... cifra en algo tan sencillo como las flores», sino que esas grandes maravillas (pirámides, coloso de Rodas, muros de Babilonia...) han sido todas fugaces (como explica el texto) y se pueden comparar con la efímera flor llamada maravilla: «Se llama también una hierba que produce una flor azul listada de rayos rojos, de figura de una campanilla: los tallos son muy altos y de agradable vista, y las flores se marchitan inmediatamente que las da el sol; y aunque suelen volver a revivir, nunca pasa su duración de tres días» (*Diccionario de Autoridades*, que menciona el dicho «La flor de la maravilla, cácala muerta, cácala viva. Frase con que se da a entender la poca consistencia y firmeza de alguna cosa»).

V. 295 en vez de la nota geográfica literal sobre Calabria convendría anotar que según una tradición Judas fue calabrés: comp. Estebanillo González: «reino de aquel apóstol calabrés que por quitarse de ruidos y malas lenguas se hizo morcón de un saúco» (CORDE). En el v. 312 el *alto puesto* en que verá puesto Judas (la Traición) alude precisamente a la horca —o al árbol del que se ahorcó Judas.

Vv. 352 y ss. Es un pasaje metafórico complicado. Seguramente un lector moderno habría agradecido una nota paráfrasis que le aclarase que el ave que tae por corona un penacho rubio, esa ave fénix que muere y renace cada día, es el sol. Y el espejo «ardiente y fecundo / que se quiebra cada tarde» no es la naturaleza como espejo de la grandeza de

Dios, sino el mismo sol, que cada tarde o noche se quiebra «porque de noche haya muchos»: muchos espejos, o trozos de sol, que es metáfora para las estrellas nocturnas.

Vv. 788-782 debe puntuarse de otro modo el pasaje:

Tributaban a tu estado
 río de leche los montes
 en lluvia ambrosía; el cielo
 incultos los alcornoques,
 miel sin afán de la abeja

Mejor:

Tributaban a tu estado
 río de leche los montes;
 en lluvia ambrosía el cielo;
 incultos los alcornoques
 miel sin afán de la abeja

El cielo no tributa los alcornoques, sino la lluvia; los alcornoques (metonimia por los corchos del panal) tributan miel...

Vv. 958-960, en boca del Mundo:

Que yo no conoceré
 a Cristo dirá la pluma
 del águila...

La pluma del águila es la del evangelista Juan, cuyo animal emblemático es el águila, y el pasaje aludido es Juan, 1, 10: «y el mundo fue hecho por medio de Él, y el mundo no le conoció».

Una última observación: se maneja la edición del *Tesoro* de Covarrubias, de Turner, 1977. Una edición crítica tan cuidada debe manejar mejores instrumentos cuando los haya: en este caso sería recomendable la edición de Iberoamericana, 2006.

Los interesados en el género del auto sacramental, en el teatro del Siglo de Oro, y en las circunstancias históricas —sobre todo las relativas a las cuestiones monetarias— darán la bienvenida a esta edición de *El consumo del vellón*, que debe agradecerse a Carlos Castellano y a la Universidad de Valencia.

Ignacio Arellano
 GRISO, Universidad de Navarra